

AFECCIONES AFROCOLOMBIANAS

Transnacionalización y racialización del mercado del sexo en las ciudades mineras del norte de Chile

Jorge Pavez Ojeda
Universidad Alberto Hurtado (Chile)

Resumen: Abordamos aquí los discursos y prácticas de hombres, mujeres e instituciones respecto a las mujeres afrocolombianas, que conforman un fenómeno migratorio reciente en el mercado del sexo de las ciudades mineras del norte de Chile. Veremos cómo la irrupción e instalación de estas mujeres generan tensiones no resueltas en la configuración de las relaciones de género en los enclaves productivos, al ser percibidas contradictoriamente como amenaza y como oportunidad en relación a los acomodos tradicionales de las relaciones de género en la región, en sus dimensiones económicas, laborales, matrimoniales y familiares. Planteamos que la estigmatización y la discriminación de la condición racial, nacional, sexual y laboral de estas mujeres se articula y contradice con experiencias heterogéneas del deseo afectivo y sexual que afecta intensamente la conformación y reproducción de las masculinidades mineras y sus contratos socio-sexuales.

Las colombianas llegaron poniendo el dedito en el punto G.

Johnny Casanova, peluquero, Calama, Chile

El inicio del llamado “boom minero” en el norte de Chile remonta a mediados de los años 90 del siglo XX, cuando la gran minería privada inicia sus principales explotaciones de cobre, generando una gran afluencia inmigratoria de trabajadores y trabajadoras a las regiones de Antofagasta y Tarapacá (Agacino, González y Rojas 1998; de Laire, 1998). Mientras que los nuevos trabajadores mineros eran siempre chilenos, se fue ampliando la diversidad de procedencias nacionales de las trabajadoras sexuales que llegaron al mercado del sexo regional. Primero se multiplicaron las mujeres paraguayas y peruanas, y más recientemente, las colombianas, ecuatorianas, y dominicanas. Según los datos obtenidos en los centros de Centros de Enfermedades de Transmisión Sexual (CETS) de la región (Calama y Antofagasta), es durante el año 2006 que se registró atención a las primeras mujeres colombianas. En poco tiempo, ellas pasaron a ser un cuarto de las migrantes extranjeras involucradas en el comercio sexual regional.¹ Como una gran

Esta investigación es resultado de los proyectos Fondecyt No 1095007 y No 1131144. Una primera versión de este trabajo fue presentada en el panel “Sexuality in a Material World”, de la Caribbean Studies Association conference 2011, en Curazao (WA). Agradezco a las coordinadoras de esa mesa, Kamala Kempadoo y Adriana Piscitelli, por su invitación y comentarios.

1. En una encuesta realizada dos años después a trescientos trabajadoras del sexo en la región, 65,5 por ciento eran chilenas y 34,5 por ciento extranjeras, las cuales se repartían entre los siguientes nacio-

Latin American Research Review, Vol. 51, No. 2. © 2016 by the Latin American Studies Association.

mayoría de las mujeres colombianas, ecuatorianas y dominicanas migrantes son afrodescendientes —sumando casi un 50 por ciento de las migrantes—, el comercio sexual regional se ha transformado en un espacio de racialización del género, donde se producen y reproducen las percepciones fenotípicas como marcas investidas de la diferencia racial y sexual. El aumento de este grupo migratorio (mujeres afrodescendientes) se da también en un contexto de crecimiento general de la migración a las dos ciudades de mayor dependencia minera: Calama (138.000 habitantes) y Antofagasta (300.000 habitantes) (Instituto Nacional de Estadísticas 2002; Comisión Chilena del Cobre [COCHILCO] 2008, 33–34). Mientras que para el año 2009 se contaron más de 3.200 solicitudes de residencia de extranjeros en Antofagasta —principalmente colombianos y colombianas—,² para el año 2010 se cuentan más de 3.000 solicitudes en Calama, el doble que en el 2009.³ Un aspecto notable de este fenómeno migratorio asociado al mercado minero del sexo es que rompe con las tendencias más clásicas de las rutas migratorias que se articulan por la colindancia geográfica y los vínculos coloniales (del Caribe, Asia o África con Europa o Estados Unidos) (Kempadoo 2004, 154), desarrollándose una ruta orientada específicamente por los enclaves productivos chilenos como polos de redistribución económica a nivel continental, polos que incluyen tanto la minería en el norte de Chile como la salmonicultura y la pesca en el sur del país.

A pesar de la presencia notoria de trabajadoras extranjeras en el mercado nacional del sexo (casi el 50 por ciento), los estudios cuantitativos más recientes sobre el comercio sexual en Chile (Organización Internacional de Migraciones y Comisión Nacional de SIDA 2005; Sindicato Nacional de Trabajadoras Sexuales Ángela Lina y Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas 2007; Silva Segovia et al. 2008) no han considerado este fenómeno migratorio como un aspecto central de la transformación de este mercado en general y de la sociedad minera del norte de Chile en particular. Se confirma así que ante la hipervisibilidad de la sexualidad femenina migrante como agente sexual peligroso, la sociedad reacciona produciendo una invisibilidad del trabajo femenino migrante, de la condición laboral de estas mujeres (Dolores Juliano, citado por Agustín 2002, 570). Exploro entonces los efectos que genera la visibilidad fenotípica de las migrantes negras, las percepciones de su sexualidad, y la invisibilidad de sus condiciones migratorias en ciudades con un histórico y amplio mercado de consumo y oferta

nes de origen: Perú (27,5 por ciento), Colombia (23,5 por ciento), Ecuador (18,6 por ciento), Paraguay (11,8 por ciento), Argentina (8,8 por ciento), Bolivia (5,9 por ciento) y República Dominicana (3,9 por ciento) (Silva Segovia et al. 2008).

2. "Antofagasta sería la segunda ciudad de preferencia de los colombianos en Chile, después de Santiago. Estos datos del Departamento de la Policía de Investigaciones fueron difundidos en un reportaje especial sobre la migración en Antofagasta por el programa *Informe Especial* de la Televisión Nacional de Chile, en el año 2009.

3. "La alarmante cifra de inmigrantes que llegan a la Provincia del Loa", *El Mercurio de Calama*, 13 de enero 2011. Si bien las cifras de extranjeros no superan el 6 por ciento de la población regional, el efecto de pánico es producido en la prensa con expresiones que aluden a "la alarmante cifra de inmigrantes que llegan a la Provincia del Loa" o "la abrupta invasión de colombianos" que "en las calles no dejan de llamar la atención por su color de piel y manera de hablar y caminar", y relacionan los migrantes "indocumentados" con "el comercio sexual y el tráfico de drogas". "Colombianos irrumpen en Antofagasta y a la segunda generación ya son nuevos chilenos", *El Mercurio de Santiago*, 19 de junio 2011.

sexual. Para esto, analizo las representaciones de la migración colombiana en sus dimensiones raciales o etno-nacionales como “condiciones estructurales” de su incorporación al mercado regional del sexo, produciendo una genealogía específicamente minera del “exotismo poscolonial” y su erotización de la diferencia racial (Kempadoo 1996; Pelúcio 2011).

**EMPRESAS MINERAS Y MUJERES DE MINEROS:
CRISIS DE LA DOMESTICIDAD SALARIAL OBRERA**

Como es de imaginar, las valoraciones de las colombianas varían bastante según la posición social de quién las describe o representa, pero estas valoraciones parecen elaborarse sobre descripciones que, despojadas de sus connotaciones, concuerdan en lo que denotan. Si bien nadie “habla por” las colombianas, o las representa en sentido político, muchos hablan sobre ellas, las describen en sentido tropológico (Spivak 2003): las esposas de mineros “dueñas de casa”, los trabajadores mineros, las compañeras de trabajo en el comercio sexual (chilenas y extranjeras), los peluqueros gays y transexuales, los periodistas, las matronas, los médicos. La proliferación de representaciones en torno a un sujeto que no se representa por sí mismo, contribuye a la elaboración de una imagen de descontrol de una feminidad desconocida, una feminidad negra y libidinal de la cual sólo se conocen sus efectos sobre la masculinidad, efectos que producen temor y también violencia. Esto porque, según muchos y muchas, las colombianas amenazan la feliz normalidad de las comunidades mineras del norte de Chile, sus contratos matrimoniales y familiares, su endogamia nacional y su sentimiento racial.

En una entrevista grupal con dueñas de casa en la ciudad de Calama, todas esposas de supervisores mineros de la Corporación Nacional del Cobre (CODELCO), ellas identificaron cuatro “tipos” de mujeres que constituyen una amenaza para la fidelidad conyugal, y por consecuencia, a la estabilidad de las parejas mineras: (1) las “secretarias” que trabajan en las oficinas al servicio de las jefaturas masculinas y atendiendo a profesionales y trabajadores; (2) las “practicantes” (que una entrevistada llamó “putas con título”) supuestamente “dispuestas a todo” para obtener un contrato de trabajo permanente en la empresa donde realizan su primera práctica profesional; (3) las empleadas de las empresas de alimentación, aseo industrial y de oficinas —empresas como Servilimp o Sodexo—, empleadas que constituirían una amenaza “hormonal” para los trabajadores, especialmente en las faenas productivas, en los dormitorios y los casinos de alimentación; y por último, (4) las “negras colombianas”, migrantes afrocolombianas de Cali y Buenaventura que llegan a Calama en busca de oportunidades y que consiguen su primer empleo en locales de comercio sexual.⁴ Las tres primeras categorías corresponden a mujeres trabajadoras de la minería que se desempeñan en roles de reproducción y cuidado, empleos feminizados en la división del trabajo y legitimados en la cadena de producción (aseo, alimentación, atención de oficinas). La connotación

4. Entrevista con seis mujeres realizada en enero del 2010, en el Museo Regional de Calama. Los supervisores corresponden al llamado Rol B, es decir, un rango jerárquico mayor que los operarios, recibiendo mejores sueldos y mayores responsabilidades en las faenas productivas.

amenazante que adquieren estas mujeres en el imaginario de las dueñas de casa parece ser reciente y asociada a dos procesos paralelos. Por una parte, el desmantelamiento de la *company town* colindante al mineral de Chuquicamata,⁵ y el consecuente alejamiento de las esposas de mineros del territorio productivo, parecen haber aumentado la sensación de descontrol sobre las relaciones entre géneros en las faenas, relaciones aún marcadas por la jerarquía masculina. Por otra parte, el aumento del empleo femenino en las labores de faena, especialmente en tareas de reproducción y asistencia, pero también, cada vez más, en oficios técnicos y operarios del proceso extractivo, contribuye a la idea de una mayor abundancia de mujeres trabajando y circulando en el mundo laboral minero, y por lo tanto, a una mayor exposición de los hombres a la “tentación” femenina.

En épocas anteriores al cierre del campamento, la ciudad de Calama fue significada en oposición a los valores asociados a Chuquicamata: por un lado, asentamiento y domesticidad, producción y acumulación, orden e higiene, trabajo y familia; por el otro, tránsito y flujo, intercambio y gasto, descontrol y suciedad, ocio e infidelidad. Así organizado el mundo minero, las mujeres de trabajadores obtuvieron derechos y beneficios como mujeres del hogar en la proletarización salarial y doméstica promovida por la empresa (Manning 1975; Finn 1998). Asimismo, se aceptó tácitamente que los esposos mantuvieran relaciones con otras mujeres —las del “ambiente”, la bohemia de Calama— mientras cumplieran con sus obligaciones contractuales con la empresa y la familia, como trabajadores y proveedores respectivamente. Pero las mujeres que entrevistamos apuntan a un cambio, una tensión nueva que pone en peligro este contrato socio-sexual reproducido durante décadas bajo la protección y la seguridad de la ciudad-campamento. Los cuatro tipos de mujeres descritos como amenazas tienen en común una mayor cercanía y acceso a la comunidad laboral del hombre minero y un mayor conocimiento del mundo del trabajo. Este conocimiento se extiende también a los aspectos económicos y garantías de la empresa, y por lo tanto, fomenta el interés por acceder a los beneficios que otorgan los contratos laborales en la minería. Las dueñas de casa, representantes de una feminidad hegemónica, perciben a todas las mujeres trabajadoras como partes interesadas en estos beneficios, y a sus hombres como instrumentos de los intereses de estas mujeres. Ellas perciben, quizás por primera vez en la historia, que estas otras mujeres buscan arrebatarles sus contratos matrimoniales, las familias que sustentan y los beneficios y asignaciones económicas asociadas. Por primera vez, las mujeres antes consideradas solo “sucursales” se vuelven “*minas* que buscan marido” (Rojas Varas 2011, 427–428),⁶ y estarían compitiendo por el privilegio del vínculo contractual estable, la legitimación pública del mismo y las garantías patrimoniales de la filiación. Los actuales procesos de transformación del trabajo en la minería (terciarización, sobretrabajo en regímenes excepcionales, transnacionalización,

5. El campamento de Chuquicamata acogió entre 1920 y 2006 a miles de familias obreras del mineral, alcanzando un máximo de 25.000 habitantes en 1960 (Vergara 2007, 88). Su desmantelamiento con fines productivos significó el traslado de las familias de la empresa CODELCO a nuevos barrios de Calama.

6. El término *mina* conlleva una polisemia significativa: refiere a una faena de extracción minera y también, en términos coloquiales, a una mujer.

automatización; ver Pavez y Hernández 2014) parecen exacerbar esta competencia por los beneficios asociados a los contratos matrimoniales. Los hombres por los que compiten las mujeres —hombres con contratos de trabajo indefinido y todo tipo de beneficios sociales y familiares (por ejemplo, salud, educación, vivienda, asignaciones familiares, compensación de la mujer, ventajas crediticias), empleados en las empresas mandantes del proceso productivo (por ejemplo, CODELCO, BHP Billiton, Anglo American Co., Antofagasta Minerals)— son cada vez menos y los trabajadores contratistas precarizados cada vez más, aumentando el valor de los primeros en el mercado matrimonial —valor equivalente al de un obrero europeo como el que se casa con las migrantes afrocolombianas en Italia o España (Hurtado Saa 2008, 355)—, proporcionalmente a la reducción de efectivos de las empresas mandantes.⁷

AFROCOLOMBIANAS EN EL MERCADO MINERO DEL SEXO

¿Qué lugar ocupa la categoría “negras colombianas” en este antagonismo de mujeres que atraviesa el mercado minero del sexo? Las mujeres colombianas afrodescendientes son percibidas como “prostitutas”, movidas por el interés económico. Pero en la construcción de la categoría se incluye un interés cruzado por la búsqueda de residencia permanente en Chile, lo que puede ser un producto más ambiguo de la necesidad, el deseo, el interés o alguna combinación de estos. Para lograr la residencia legal en Chile, las vías más seguras son el matrimonio o la procreación de un hijo chileno (nacido en Chile), siendo ambas estrategias denunciadas por los medios de comunicación que producen la alarma xenofóbica. En estos discursos, estas necesidades/deseos de las colombianas las homologan como amenaza “moral” a las trabajadoras de la minería: están compitiendo por la nucleación de la institución familiar, poniendo en riesgo la estabilidad de los contratos sexuales matrimoniales pre-existentes, y ya no conformándose —como lo hacían las antiguas “sucursales”— al lugar desprotegido e inestable de la “amante” mantenida. Estas estrategias connotan la categoría como amenaza social y moral, aunque no sea un exclusivo patrimonio de estas mujeres en estas ciudades. Estudios en contexto muy diversos muestran que el matrimonio y la procreación son formas recurrentes de las mujeres migrantes para obtener visas de residencia (Kempadoo 2004; Piscitelli 2008; Salazar Parreñas 2010). Sin embargo, los estudios sobre mujeres afrocolombianas en Colombia muestran algunos elementos que parecen especialmente afines a la masculinidad minera y favorecen la inserción como migrantes en un mercado del sexo (prostitucional y matrimonial), lo que también implica un fuerte antagonismo con las mujeres de estas comunidades. Según estudios realizados en Colombia, la procreación de hijos es concebida por las afrocolombianas en función de varias necesidades y deseos: como “moneda de cambio” en los contratos sexuales y familiares, como forma de satisfacer el deseo masculino de paternidad y de retener una pareja ante la competencia de otras mu-

7. Mientras que en 1985, de los 67.100 trabajadores en la gran minería chilena 63.926 se empleaban en empresas mandantes y 3.174 en empresas contratistas, para el año 2005, de los 133.989 trabajadores, 48.098 eran de empresas mandantes y 85.891 contratistas (Leiva Gómez 2009).

jeros, como forma de realización de la femineidad (lo que explica la proliferación de madres solteras). Este lugar central de la procreación entre las afrocolombianas de Buenaventura se conjuga con una práctica aceptada y extendida tanto de la poligamia como de la poliginia (Navarro Valencia 2009), todo lo cual favorece una rápida inserción en los mercados matrimoniales transnacionales (ver, por ejemplo, Hurtado Saa 2008).

El mercado del sexo comercial constituye el lugar de tránsito laboral de gran parte de la migración femenina en la región minera, en la medida que es un espacio de redistribución generizada de la renta minera masculina, de manera que todas las relaciones de género en esta región están (re)significadas en esta economía sexual, con sus flujos, sus agentes, y sus contratos intercambiarios. Las colombianas no son las únicas ni la mayoría de las mujeres en este mercado, pero son mayoritariamente afrodescendientes, lo que lleva a la producción de una doble metonimia racial y sexual: “todas las negras son colombianas” y “todas las colombianas son putas”. Así, en el imaginario minero, por efecto de esta racialización erotizada de la diferencia nacional, las colombianas a veces son mimetizadas con otras categorías “peligrosas”, como cuenta un trabajador de Calama:

En la comida, en el aseo, ahí tení mujeres, las que te dan la comida en el casino, las que andan haciendo aseo . . . los que trabajan en campamento por ejemplo, [pololean], también, había harta puta ahí en el campamento po hueón, las colombianas, que ejercían la prostitución, si po, si se daba po . . . Es que en el campamento, el campamento es una hueá inmensa que está al lado del casino, más allá. Y ahí tú te quedabas la semana, diez días, veinte días, los que trabajan veinte por diez. Las minas del aseo trabajaban . . . Y ellas, la mayoría de las empresas que da la comida [. . .] daba la comida y hacía el aseo, porque como hay campamentos, limpian las camas de los viejos, los baños, dejan todo [. . .] Sodexo, Sosexo le decían . . . porque, ponte tú, habían tres colombianas allá, unas negras ricas así, que en la noche . . . hacían la movía, con los viejos al teléfono, los viejos se iban.⁸

En este discurso, las “negras ricas” colombianas, además de trabajar en el aseo y la alimentación para la población del campamento, “ejercen la prostitución” acordando por teléfono los términos del servicio. La relación clientelar de los mineros con las mujeres que ocupan lugares normados por la división sexual del trabajo se (re)produce así al interior mismo de la faena minera. La supuesta disponibilidad de la “negra colombiana” para las transacciones económico-sexuales parece perseguir al minero hasta su lugar de trabajo, reforzándose la imagen generizada de una “raza” altamente libidinal y transaccional y de un trabajador como sujeto pasivo de las “tentaciones”. Por el lado femenino, se confirma la amenaza percibida por las dueñas de casa respecto a las figuras de la tentación, que vienen a ocupar el interior de la institución de encierro laboral, volviéndola más difícil de detectar, conocer y prevenir, para mujeres domesticadas excluidas de la comunidad laboral productiva.

Clarissa es una mujer colombiana que responde a la descripción de los contratistas del campamento, aunque a diferencia de las fantasías mineras no realiza los servicios sexuales y de aseo al mismo tiempo en el mismo campamento, sino que

8. Entrevista grupal a trabajadores contratistas en faenas de Mina Radomiro Tomic, Calama, enero del 2010.

alternadamente entre un “café con piernas”⁹ y una empresa de aseo de oficinas con las que tiene contratos esporádicos (dos a tres meses):

Cuando me voy a trabajar de aseo de edificios no trabajo de *topless*. Entonces me meto a trabajar el día en condominios. Pero tengo que sobrevivir, entonces estoy en el Richard ahora, que es un café con piernas.¹⁰ Si me llama una amiga que necesitan una aseo, yo me agarro mis cosas y por tres meses y me voy a trabajar . . . No se gana mejor. Pero 300 mil pesos, lo cojo ahí. [En cambio] a veces llega el mes y no tengo 300 mil pesos ni ahorrados. Y pagan los [días] 20 y los 5 [de cada mes]. Los 20 me dan 100 [mil pesos] y los 5 me dan 200. Entonces ahí uno ve que puede hacer con la plata. En cambio con [un sueldo] diario, a veces a uno le va mejor y se gasta la plata y los otros días no hace nada. Entonces cuando trabajo así, yo lo pido los fines de semana. Me voy los sábados y los viernes porque el domingo no voy, porque tengo que madrugar para trabajar.

Es importante recordar que este tipo de combinación entre trabajo industrial y trabajo sexual de las mujeres ya se veía hace cien años en mundo de las fábricas, cuando las mujeres se incorporaban al empleo proletariado (Hutchison 2006).¹¹ Sin embargo, al mismo tiempo que masas de mujeres trabajaban para estas fábricas, siendo objeto de sospechas y condenas por “prostitución encubierta”, otra cantidad de mujeres migraban a los enclaves mineros a ofrecer servicios sexuales a los trabajadores solteros. Luego de un tiempo asegurando el entretenimiento de los mineros, esas mujeres podían cambiar de posición, pasando a ser trabajadoras domésticas, o generando “arreglos sexuales informales”, que implicaban un acuerdo de más largo plazo que el servicio sexual inmediato, e incluía la realización de servicios domésticos y sexuales a cambio de diferentes tipos de compensaciones materiales y afectivas. En un tercer momento, estas relaciones entre las mujeres migrantes y los mineros se transformaban en matrimonios, un contrato sexual formal que las empresas mineras norteamericanas se dedicaron a fomentar, asignándoles vivienda y apoyo a las mujeres casadas y con hijos, de manera que el estatus de “esposa de minero” y “dueña de casa” fuera atractivo para las mujeres que ofrecían servicios “independientes” a los trabajadores. Para las empresas, la domesticación de estas mujeres constituyó un objetivo estratégico para la domesticación de sus propios trabajadores (Klubock 1998; Pavez 2011). La situación de hoy parece menos ordenada, precisamente porque las empresas ya no se proponen disciplinar de la misma manera la vida del trabajador. La biopolítica del trabajo ya no busca controlar la reproducción de la fuerza de trabajo sino más bien la disminución de esta fuerza al mínimo necesario, disciplinando ya no el núcleo

9. Para identificar las entrevistadas, he usado seudónimos con el fin de proteger la identidad de estas personas. El “café con piernas” es un tipo de establecimiento de consumo de café, bebidas y a veces alcohol, donde atienden mujeres con poca ropa, bikinis o lencería erótica; en algunos casos, venden también servicios sexuales.

10. Más adelante, Clarissa explica que en el café Richard trabajan trece mujeres, siete de las cuales son “negras”. La base de datos del Hospital de Calama indica que las trabajadoras en el Richard suelen ser chilenas, bolivianas, peruanas, afroecuatorianas y afrocolombianas.

11. Las trabajadoras de las fábricas eran señaladas como mujeres públicas y potenciales prostitutas, no sólo por quedar expuestas a la voluntad de patrones y capataces en espacios laborales donde sus parejas masculinas no tenían acceso, poder o derechos, sino también por el poder adquisitivo que forjaban con su salario y que fomentaba su desclasamiento por el consumo (Bennett 2010; Tuozzo 2011; Pavez 2011).

social de reproducción de la fuerza laboral, sino el cuerpo biológico del trabajador (a través, por ejemplo, de los programas de “calidad de vida”).

Por su parte, las mujeres migrantes solteras como Clarissa tienen que combinar labores (sexuales, domésticas y/o industriales) para lograr una renta que les permita mantenerse y cumplir con el envío de remesas a su país de origen. Mientras que algunas mujeres llegan directamente al mercado del sexo en alguna de sus variantes, otras empiezan por el trabajo doméstico, otras por los servicios industriales de reproducción. En todos los casos, el mercado del sexo es una de las opciones posibles que se combinan paralela o sucesivamente con otras, revelándose así otra dimensión de las “economías de escala” ya no de la prostitución, sino de la misma prostituta (Kempadoo 2004, 164). Y en algunos casos, los contratos formales de trabajo que consiguen algunas migrantes para la obtención de visas de residencia encubren otro tipo de trabajo o contrato: por ejemplo, cuando una colombiana consigue que un amante formalice un contrato de trabajo doméstico para obtener una visa de residencia, aunque más que un servicio doméstico lo que se está ofreciendo es un servicio sexual y una compañía afectiva. De esta manera, la dimensión formal del contrato laboral encubre siempre arreglos o transacciones informales con cierta dimensión libidinal, así como el contrato matrimonial encubre siempre cierto grado de trabajo o servicio doméstico (Irigaray 1975). Este aspecto es fomentado hoy por la legislación migratoria, que en Chile como en otros casos (para Japón, ver Salazar Parreñas 2010, 99–100) otorgan residencias legales en base a una de tres condiciones: matrimonio con un nacional, procreación de un hijo, u obtención de contrato de trabajo, los cuales suelen ser otorgados para servicios sexuales, trabajo doméstico, y escasas empresas de otro tipo de servicios.¹² Al igual que para las migrantes históricas a las ciudades mineras, el comercio sexual parece constituir para las colombianas de hoy un mercado laboral de tránsito, para obtener lo que las empresas norteamericanas tanto fomentaron durante el siglo XX, el matrimonio del trabajador. La diferencia estaría en que el matrimonio de estas migrantes viene hoy a irrumpir en un mercado matrimonial constituido nacionalmente, mientras que las políticas de hace cien años buscaban enfrentar bajísimas tasas de nupcialidad, y lograr la estabilidad monogámica del trabajador.

Esta situación tiene directa relación con los discursos que han desarrollado medios de comunicación y autoridades para estigmatizar estas mujeres migrantes. Por ejemplo, desde el 2007 la prensa reporta la “irresponsable y preocupante conducta sexual en Calama” destacando que “la presencia de población flotante y extranjeros en la ilegalidad, ejerciendo el comercio sexual, está sembrando la inquietud”;¹³ dos años después el diario de Calama denuncia los “escándalos”

12. En 2013, bajo el mandato presidencial del derechista Sebastián Piñera, el gobierno presentó un proyecto de Ley de Migración que buscaba limitar la migración, solicitando a los migrantes contratos de trabajo al momento de entrar al país, reduciendo así la posibilidad de entrar como turista para luego buscar un empleo, y otorgándole a las empresas la potestad de facilitar la estadia de extranjeros por el periodo exacto en que se requieran sus servicios. “Fuerte llegada de extranjeros marca cambios a política de inmigración”, *La Tercera*, 20 de mayo 2013.

13. “La irresponsable y preocupante conducta sexual en Calama”, *El Mercurio de Calama*, 10 de septiembre 2007.

y la “vergüenza” en la calle de la schopería El Ovallino, llamando a clausurar este local donde trabajan decenas de colombianas.¹⁴ Ese mismo año, en Iquique, un grupo de Facebook llamado “No quiero más colombianos delincuentes y colombianas prostitutas en Iquique” reúne a 3.700 seguidores,¹⁵ mientras que en la fronteras con Argentina y Bolivia las policías y empresas de transporte se conciertan para impedir el ingreso de mujeres colombianas a la región de Antofagasta, no vendiéndoles pasajes en ciudades vecinas como Salta. Al año siguiente se realizan masivas redadas en el “barrio rojo” de Antofagasta (“barrio chino” hoy ocupado por los migrantes negros),¹⁶ y las editoriales del periódico llaman a “fortalecer la vigilancia en nuestra frontera” y a la “constante fiscalización” de los locales nocturnos de Calama.¹⁷ La oficina de Extranjería demora artificialmente las visas de residencia temporal y definitiva de las mujeres colombianas, ante la presión de políticos como un diputado que denuncia que “muchos inmigrantes están cometiendo delitos relacionados con el tráfico de drogas y la prostitución”, solicitando al presidente de la República “aplicar una política migratoria en la Región de Antofagasta”.¹⁸ En junio del 2012, es el canal público de televisión quién se suma a la campaña xenofóbica con el programa intitulado “Inmigrantes ilegales y narcotráfico en Chile”, denunciado por organizaciones ciudadanas y sancionado por el Consejo Nacional de Televisión por “presentar generalizaciones como hechos verídicos, que no sólo afectaron la dignidad y el buen nombre de los colombianos residentes en Chile, sino que tuvieron repercusiones directas al generar agresiones y consecuencias económicas para las personas que aceptaron ser entrevistadas por periodistas de TVN”.¹⁹ En la campaña presidencial del 2013, el ex ministro y candidato de derecha Pablo Longueira recorrió el norte de Chile denunciando la “inmigración ilegal” que “perjudica a los chilenos” porque según él, “están muchos de ellos obteniendo fuentes de trabajo que podrían tener mujeres chilenas”.²⁰ Unos meses después, un movimiento articulado en Facebook y Twitter como “Recuperemos Antofagasta” llama a marchar en contra de la migración colombiana, llamado al que asistieron solo setenta personas, y que recibió un repudio generalizado en las redes sociales virtuales. En estos últimos años, es el intendente de la región de Antofagasta, Waldo Mora, quién se ha hecho el portavoz de todos los lugares comunes racistas, xenófobos y machistas, que recaen sobre las mujeres colombianas, como la acusación de provocar el aumento de las infidelidades matrimoniales y del supuesto aumento de las enfermedades de transmisión sexual en la región e incluso de la “aparición de enfermedades ve-

14. “Sala de cerveza y clandestino: las vergüenzas de calle Antofagasta”, *El Mercurio de Calama*, 12 de agosto 2009.

15. “Movimiento en facebook rechaza a colombianos”, *La Estrella de Iquique*, 11 de diciembre 2009.

16. “Ofensiva para ‘recuperar’ las calles céntricas”, *El Mercurio de Antofagasta*, 31 de diciembre 2009; *El Mercurio de Antofagasta*, 13 de agosto 2010.

17. *El Mercurio de Calama*, 15 de abril 2010 y 8 de febrero 2011.

18. “Diputado Araya pide a Piñera aplicar política migratoria en la Región de Antofagasta”, *El Nortero*, 10 de enero 2011.

19. “Informe Especial recibe sanción por reportaje xenofóbico sobre colombianos en Antofagasta”, *El Diario de Antofagasta*, 18 de diciembre 2012.

20. “Longueira en picada contra inmigrantes ilegales: ‘Necesitamos que el desarrollo lo disfruten primero los chilenos’”, *The Clinic*, 15 de junio 2013.

néreas, enfermedades sociales que no se conocían”, por causa de la “prostitución de mujeres colombianas, que dicho de paso son buena mozas”, todo lo cual habría significado “costos” para el Estado chileno.²¹

La represión legal al identificar y capturar su objeto va así a producir el deseo sobre el cual se van a instalar y fortalecer las estructuras e instituciones jurídicas, pero de esta manera, el mismo gesto de prohibición normativa universaliza el deseo y erotiza lo prohibido (Butler 2004, 2005). Al mismo tiempo, se observa que los dispositivos de control tienden a operar en consonancia con el discurso de las mujeres dueñas de casa —las esposas chilenas “blancas” de mineros de empresas mandantes beneficiadas por el antiguo contrato socio-sexual (hombre proveedor y mujer dueña de casa)— es decir, el discurso hegemónico de la monogamia heterosexual blanca de clase media, la que se ve amenazada por la imagen de una invasión prostitucional sin control, amenaza que parece recrudecer en la medida que las empresas ya no pretenden injerencia en los contratos socio-sexuales de sus trabajadores, al mismo tiempo que el mercado fuerza a la incorporación masiva de hombres y mujeres al trabajo precarizado.

ANTAGONISMOS RACIALES Y COMPETENCIA PROSTITUCIONAL

Para entender la singularidad de las representaciones colombianas en relación a otras mujeres clasificadas como prostitutas, es útil volver a los locales diurnos y nocturnos donde se ofrecen (semi)legalmente servicios sexuales, tolerados por el reglamentarismo chileno. Aquí parece confirmarse que las diferencias raciales se construyen como metáforas de la diferencia sexual mediante las relaciones de género (Viveros Vigoya 2009). En ciudades mineras como Iquique, Calama y Antofagasta, encontramos más de un centenar de locales de sexo comercial, que funcionan todo el año con diferentes modalidades de atención de hombres por mujeres. Estas diferentes modalidades se han desarrollado en Chile desde los años 80, algunas legalizadas (*night club* o cabaret, cafés con piernas, schopería o sala de cerveza, siendo los dos primeros reunidos bajo la categoría de “topless”, por trabajar las mujeres con zapatos de taco y muy poca ropa), y otras toleradas (“saunas”, casas de masajes, “privados” clandestinos, agencias de “escorts”, departamentos de escorts independientes) (Montecino, Matus y Donoso 1999; Salazar 2002; Mayer 2004; Barrientos et al. 2009; Rojas 2011). Desde la llegada de las primeras “negras colombianas”, estas parecen haberse ido agrupando en ciertos locales, en la medida que eran invitadas por hermanas, primas o amigas, a probar suerte en estas ciudades, y recomendadas para trabajar en los mismos locales que sus antecesoras. De esta manera, algunos locales se fueron “especializando” en colombianas, y se formó una clientela que las busca y valora más que otras “diásporas” en este mercado. Específicamente, destacan hoy como grupo etno-nacional

21. “Ex intendente de Antofagasta: prostitutas colombianas causaron aumento de enfermedades sexuales”, *Cambio 21*, 11 de agosto 2014. Notemos que ya en 2011, los intendentes de las regiones del norte acusaban los costos en salud que significaba la migración, apuntando especialmente a salud reproductiva (“partos” y “abortos”). “Intendentes de las regiones del extremo norte piden cambios a ley para controlar inmigración”, *El Mercurio de Santiago*, 12 de octubre 2011.

en tres tipos de locales (schoperías como El Ovallino y el Boga Shop de Calama, Las Tablas y Chicken-In de Antofagasta, cabarets como Maxim y Fama en Calama, Molino Rojo y Colaless en Antofagasta y cafés como El Quijote y La Oficina en Calama, Playman y Tsunami en Antofagasta). Otros locales son conocidos por el predominio de peruanas, chilenas o argentinas, y en algunos casos, los locales se identifican por un tipo de combinación de nacionalidades cuyos cambios de composición etno-racial-nacional suelen ser bastante comentados por los clientes. De esta manera, la especialización de los locales por nacionalidad está muchas veces acotada en el tiempo, lo que puede explicarse por los antagonismos nacionales y raciales que se producen entre las mismas mujeres, los que fuerzan a uno u otro bando a retirarse del “territorio” en disputa.

En el año 2008, entrevistamos a Andrea, “copetinera” del Maxim, un cabaret topless del sector Santa María en Calama, que se volvió sala de cerveza, dejando las mujeres de atender en ropa de interior. Cuando le preguntamos a Andrea sobre su relación contractual con el local, nos respondió:

Andrea: Los contratos se lo hacen a las puras extranjeras. Porque acá hay hartas colombianas. Te podría decir que hay más colombianas que chilenas . . . Cuando yo trabajaba al frente había puras . . . más chilenas. Pero acá hay casi pura colombiana. En este local, presiden las extranjeras porque igual atraen clientes cachai . . .

Investigador 1: ¿Y cómo te llevai tú con ellas? Las colombianas . . .

Andrea : Mal.

Investigador 2: ¿Por qué?

Andrea: Porque al final nos cagan la pega cachai. Porque nosotras cobramos por tener sexo con los clientes. Ellas no. Ellas lo hacen gratis. Ellas por una ponchera de 25 mil pesos tienen sexo con los clientes cachai. [. . .] Yo me he agarrada como con cuatro colombianas de acá.

Investigador 2: ¿Cuatro al mismo tiempo?

Andrea: No. Es que, ponte tu, son desubicadas igual po. Porque si ti estai . . . porque a veces compartimos una ponchera, con cuatro, cinco minas con cinco clientes cachai. Entonces si los clientes ven que ellas se ponen a tener sexo o sexo oral, o cualquier cosa cachai, los otros clientes quieren lo mismo cachai. Y si uno cobra por eso, después no te quieren pagar. Piensan que la huevía es gratis. Entonces a nosotros no nos conviene. Entonces por eso son las peleas cachai. Y uno con su caña [de trago] se le agranda el corazón. Entonces te ponís a pelear no mas po.²²

En el 2011, Julia, trabajadora del mismo local, también chilena, señaló que quedaban solo dos colombianas en el Maxim, junto a dos peruanas, siendo el resto de las quince mujeres, chilenas, lo que indica que las chilenas parecen haber logrado tomar el control expulsando a la mayoría colombiana. La entrevistada cuenta también su experiencia de trabajo con colombianas en una “sala de cerveza” donde se desempeñó anteriormente:

Julia: Hay puras colombianas y ellas tienen otro ritmo de trabajar, como más desinhibidas, ponen el trasero al otro y las pechugas y bailan y besos y todo. Entonces yo no trabajo así . . .

Investigador: ¿El cliente te pedía lo mismo?

Julia: Claro, me decía que “si te sentaí sobre mis piernas, te doy una cerveza y me dai un beso”. “No, ¿por qué yo tendría que darte un beso?” le decía yo, “si estamos conversando”

22. Entrevista realizada en el Maxim, Calama, febrero del 2008.

y yo comparto así en conversación. Entonces yo como que no encajaba ahí, o sea que a mi casi nadie me invitaba ni me llamaba, por el hecho de trabajar yo así de esa forma. Pero las demás se llenaban de plata . . .

Investigador: ¿Pero se gana más o menos?

Julia: No, menos, en sala de cerveza menos . . .²³

Entre estas dos entrevistas realizadas a cuatro años de intervalo, se repite un mismo reclamo que es también una misma confrontación entre chilenas y colombianas: las “negras” son más “desinhibidas”, bailan, besan, exponen traseros y senos, hacen sexo oral, se sientan sobre las piernas de los clientes, “tienen sexo” y “todo gratis”, o más bien, todo esto como parte del servicio asociado al consumo de alcohol, sobre el cual las mujeres ganan un porcentaje, lo que, al parecer, resulta más rentable para ellas que la estrategia de las chilenas de cobrar por separado la conversación y compañía asociada al consumo de alcohol y el acceso y contacto con zonas mucosas y erógenas del cuerpo. Se observa así un conflicto de estilos, de estrategias económicas y libidinales, en relación a lo que se invierte y se pone en juego en la relación prostitucional.

Las colombianas serían las mujeres que, entregando sin reserva su cuerpo y su sexo, afectan al cliente y lo desbordan, lo empujan más allá de sus modelos normativos, de sus sentimientos, o de la sujeción a sus emociones (que son afectos ya formados, capturados), de manera que “el cuerpo deviene en otra cosa de lo que es” (Beasley-Murra 2010, 130–131). Pero también, afectado por el erotismo simuladamente gratuito de la relación, el cliente volverá a gastar en las colombianas. Es decir que la colombiana estará trabajando en dos planos de las pasiones alegres: el de la inmediatez del consumo como dispositivo del interés económico instalado sobre las lógicas del gasto excedentario y el prestigio por el derroche, y el de los afectos duraderos y la memoria de la afección corporal como disposición del deseo, o aquella fuerza que atrae al cliente, lo compromete con sus pasiones, al punto de, en algunos casos, proponer un nuevo contrato que transforme su condición de cliente para perpetuar la relación en el matrimonio (suspendiendo así indefinidamente la separación y la confrontación). De esta manera, se entiende que “hay” más “relación sexual” de los clientes con estas mujeres, por haber más disposición y disponibilidad a la relación (Nancy 2001).

A estas estrategias que separan y enfrentan a chilenas y colombianas, hay que agregar lo que señalaba Andrea desde un principio: el diferente estatus legal al interior de los locales. Es un hecho que las trabajadoras extranjeras tienen mayor posibilidad de obtener un contrato de trabajo porque es la única manera de obtener una visa de residencia, que se renueva cada año. Los empleadores realizan estos contratos cuando tienen real interés en conservar a la mujer migrante trabajando en su local. Pero esto ocurre solo con algunas extranjeras, que llegan a veces a ser administradoras de los locales.²⁴ Estos contratos de trabajo, al igual que los

23. Entrevista realizada en el Hospital de Calama, febrero del 2011.

24. En cuanto a las chilenas, estas suelen trabajar por acuerdos de palabra. La universalización de los contratos de trabajo fue de hecho una bandera que levantó el Sindicato de Trabajadoras Sexuales durante algunos años, sin éxito real y con un fuerte sesgo nacionalista (Sindicato Nacional de Trabajadoras Sexuales Ángela Lina 2005).

contratos matrimoniales, tienen un doble efecto para las migrantes, de protección social, garantía de residencia e inmunización contra los abusos, pero también de subordinación y control por parte de empresarios y agentes policiales. La legislación señala que en caso de despido, el empleador tiene que financiar el retorno de la extranjera a su país de origen, lo que desmotiva a algunos empleadores a contratar a extranjeras. Pero además el contrato implica que la trabajadora trabaje exclusivamente en un local por un tiempo determinado, restringiendo así la movilidad laboral y geográfica de las mujeres. Este vínculo contractual, fiscalizado por la Dirección del Trabajo, se suma al carnet de salud del dispositivo sanitario, y a la visa de residencia, fiscalizados por los servicios de salud, Carabineros y Policía de Extranjería. De esta manera, los operativos en locales de comercio sexual incluyen agentes de todos estos servicios coordinados por las gobernaciones de las ciudades.²⁵ Debido a esto, el contrato de matrimonio con un minero sigue otorgando las mejores y más seguras garantías de residencia e ingresos. Se confirma así una división sexual e internacional racializada del trabajo (Kempadoo 1996) donde la mujer negra migrante se ve cercada en el comercio sexual, en un “aislamiento económico” que es operado por la moral (Lim, citado en Agustín 2002, 33), y cuya principal inmunización a la violencia de la discriminación es un contrato moral como el matrimonio.

AFECCIONES DEL CUERPO NEGRO: VIRTUOSISMO SEXUAL Y MODULACIONES AFECTIVAS

Laura, colombiana de veintiocho años, trabaja en el café Playman del paseo Prat en Antofagasta, local de *topless* donde más de la mitad de las trabajadoras son colombianas. Lleva dos años en la ciudad, y su exuberancia física le ha permitido emplearse en otros dos cabarets. Ella nos explica “con las chilenas nos saludamos pero nos llevamos mal. [. . .] Ellas son muy envidiosas, no tienen autoestima, no se quieren a sí mismas por eso no pueden querer a otros”. Laura también diferencia entre las colombianas, señalando por ejemplo que “las colombianas de Buenaventura son más ordinarias”, siendo precisamente las de Buenaventura las que se encuentran más en las schoperías que en los cafés con piernas. En el mismo local, hablamos luego con Antonella (diecinueve años), de La Granja, comuna popular de Santiago, quien, aunque lleva apenas seis meses en el negocio, repite ciertos estereotipos como el de las colombianas “veleidosas” o “peleadoras”. Cuando le contamos que habíamos visitado justo antes la schopería Las Tablas, conocida por la gran cantidad de colombianas que ahí trabajan, y que habíamos sentido un ambiente un poco tumefacto, nos señaló que se debía “al pH que tienen las negras”, que generaba mal olor. Y quiso demostrar su afirmación señalando que cuando hay redadas policiales, “salen todas las negras arrancando, y desaparece el olor”.²⁶

Estas imputaciones de falta de higiene o suciedad forman parte del locus típico de la discriminación racial, así como lo es el ser portador de enfermedades y

25. “Fiscalización a locales nocturnos dejó un total de trece detenidos: Doce eran extranjeras indocumentadas”, *El Mercurio de Calama*, 21 de febrero 2011.

26. Notas de una visita de terreno realizada en febrero del 2011 en Antofagasta.

vehículo de contagio y contaminación, las que se suman a la acusación vista más arriba de bajar los precios del negocio (ver, por ejemplo, el caso de las mujeres haitianas que se prostituyen en Santo Domingo, en Kempadoo 2004, 143) y de ser vectores de enfermedades. Hace tiempo Mary Douglas (1967/2001) mostró cómo lo que está “fuera de su lugar” (como las mujeres migrantes y/o la “raza negra” en Chile) se asocia a lo sucio, lo contaminado, y lo impuro, percibidos como peligros que amenazan un orden clasificatorio establecido, en este caso, el orden racial de las relaciones e intercambios de género. La figura de la “negra colombiana” refuerza una clasificación de alteridad racial (contribuyendo a la autopercepción blanqueada de los chilenos y chilenas), pero desestabiliza la clasificación de género en torno a la “prostituta”, el lugar claramente delimitado de la mujer que vende sexo, al entregarlo también sin nada a cambio fingiendo gratuidad. Asimismo, el cuerpo extranjero se va a concebir en la lógica de “lo inmundado”, como un conjunto de secreciones (el olor) o excrecencias que forman la imagen de un cuerpo animal más que humano, donde lo “enorme” refuerza la distancia con la norma, como manifestación de su desmesura (Clair 2007). Ambas imágenes, la de la excrecencia del cuerpo (el trasero enorme de la “negra colombiana”) y la del cuerpo contagioso (la vagina de la prostituta como lugar de promiscuidad y contaminación), aparecen en las percepciones sobre las colombianas.

Billy, un joven minero de Antofagasta cuenta que “los viejos [van a] lo que venga yo creo, mientras les atraiga ellos, de repente tienen unos gustos medios raros, por ejemplo esa guea de [schopería] Las Tablas que hay puras guatonas ahí, queda en Maipú entre Condell y Matta, esa guea es ultra picante . . . Igual me ido ha meterme, hay unas guatonas así, negras”.²⁷ Por su parte, un cliente forero del sitio LaEstokada.cl escribía: “Estimados, Me presento: soy BBW-Man, amante de las minas BBW [*big beautiful women*]. [L]es comento que me atendí con la señorita [Michelle, colombiana] [. . .] y les digo que tiene 143 cm de puro culo. Llevé huincha para medir”. Mientras que los dos clientes citados comentan las dimensiones y formas del cuerpo de las mujeres —experiencias del placer táctil y escópico—, dos trabajadoras sexuales chilenas resaltan los peligros de lo invisible y lo espectral —la enfermedad y la “contaminación”—:

Andrea, copetinera del Maxim (Calama): “Un trabajador de Codelco se metió con una colombiana. Sin protección. Se le pegó el Sida, el no lo sabía. Él era pero de los cargos altos de Codelco. La señora se fue hacer un chequeo [médico], porque se hacia constantemente un chequeo cachi. Le dijeron que tenía Sida. Y la señora se ahorcó. Y ahí el se enteró que tenía Sida. Y ni se acuerda de la colombiana con la que se metió . . .”

Nicole, dirigente de la organización transgénero Arcoíris de Antofagasta: “Si nosotros hablamos de mujeres extranjeras, que llegan al país y entran y llegan a trabajar a un local nocturno, si no hay un control sexual como corresponde acá, nosotros tampoco sabemos lo que puedan traer ellos, porque si bien de países más liberales, yo hablo, puta de los pobres colombianos están saliendo a cada rato en el discurso, pero Colombia es un país que está en pobreza, por eso están arrancando . . . Esta cuestión de las enfermedades de transfusión sexual [*sic*] son cadenas que tu vas formando, entonces claro, tú sales de tu país y nadie te

27. El chilenuismo *guatona* deriva de *guata*, “vientre”, y significa una mujer gorda, con vientre prominente. *Picante* está en Chile connotado como algo de bajo nivel, sin gusto ni refinamiento, se usa en forma peyorativa.

controla si vení con estado de salud bueno, llegai a un país donde el control de salud sexual no es obligatorio”.²⁸

Estas construcciones en torno al cuerpo de la mujer “negra” generan contradicciones entre el deseo y el interés de los clientes. Algunos incluso viajan a otra ciudad de la región para tener una aventura y circular por el espacio público con una mujer de color, sin sentirse expuesto a las miradas de otros:

Soy aoc77 de Arica, por acá me funo solo, esta ciudad es chica, así que prefiero salir e ir a iqq [Iquique, a 350 kilómetros de Arica] donde hay mas oferta. Además que no cacho a nadie por allá, así que me puedo pasear de la mano con una negrita y da lo mismo. Me interesa un dato calado de una ébano, como voy sin auto no puedo recoger, así que debe ser una chica con pieza, o que atienda en motel.²⁹

Se confirma aquí que los estigmas, el peligro y las prohibiciones normativas no aplacan el deseo, sino más bien lo producen (Butler 2005). La “raza” de la mujer es producida como la de un placer prohibido que se consume en el secreto y solo se expone ante la comunidad de pares (los clientes que gustan de “las negras”). En los foros de consumidores de sexo pago, los clientes chilenos no tienen problema en mostrar su afición por mujeres afrodescendientes, especialmente las colombianas. Dos rasgos sobresalen en las descripciones de estos clientes, llegando a predominar sobre las construcciones raciales inferiorizantes: la capacidad de (de)mostrar afecto y las habilidades para el goce sexual. Este último rasgo es reconocido a su manera por las compañeras de trabajo chilenas, cuando critican la fácil entrega sexual de las colombianas, y también por otros sujetos del comercio sexual, como gays y transexuales. Sin embargo, aquí ocurre como en Colombia, donde la “superioridad” negra es reconocida en áreas como el baile, la música y el sexo, que son áreas expresamente inferiorizadas y devaluadas moral y económicamente. La sexualidad se vuelve así un lugar de resistencia racial, por el virtuosismo de las prácticas sexuales, y de género, por la exigencia a los hombres de un buen performance y satisfacción de la mujer (Viveros Vigoya 2002, 63 y 70). Los clientes chilenos sin embargo apuntan a un aspecto específico que atraviesa y reúne ambas dimensiones, el afecto y la sexualidad, esto es la importancia del habla, la forma y semántica del lenguaje, sexual y afectivo. En una encuesta auto-aplicada con la pregunta “¿De que nacionalidad te gustan las escorts?”, los foreros del sitio de clientes del comercio sexual, LaEstokada.cl, resaltaron los rasgos señalados de la siguiente manera:

Las colombianas . . . papi son buenísimas!!! super cariñosas y para aplicar un perreo en la cama . . . secas . . . pero son escasas las que llegan por esta tierras . . . *Chief Mate* / A pesar que las chilenas tienen mi especial atención, simplemente sucumbo ante una colombiana . . . es que ese acento, mata!!! *Hannibal Lecter* / El acento de las colombianas me mata . . . “hay papacito” . . . “ya me vengo papi” . . . “dame duro negro” . . . CTM [concha de tu madre] . . . ya me calenté. *Aflator* / Mis preferencias son las Colombianas definitivamente son muy

28. El control de salud sexual dejó de ser obligatorio en 2007, sin embargo, la obligatoriedad volvió a ser implementada en 2010.

29. AOC77, publicado el 21 de febrero 2011, LaEstokada.cl, <http://www.laestokada.cl/foro/index.php/topic/107759-mujeres-de-color/>. El verbo *funarse* refiere a acusarse, mostrarse, develarse.

preocupadas y muy cordiales . . . “asi papi, dale mi rey . . .”, uff . . . tremendas . . . *Che Poroto 1 / Con las colombianas que he estado, todas muy calientes, de generosos pechos naturales y buenas caderas, con ese acento que te pone calentón desde la entrada . . . THX1138 /*

Johnny Casanova, peluquero gay de Calama, y artista transformista de la bohemia de los años 80, confirma con más argumentos la tesis del éxito de las colombianas por sus destrezas sexuales. Estas mujeres le habrían “encontrado el punto G” a los mineros, estimulando la próstata del hombre por medio de la manipulación del ano, práctica conocida entre hombres que tienen sexo con hombres. Según Johnny, las mujeres chilenas no manejaban este aspecto de la sexualidad masculina y las colombianas se lo habrían revelado a los mineros chilenos. A este tipo de especulaciones eróticas, se suman imágenes e historias pornográficas que circulan como rumores de proezas sexuales. Por ejemplo, que las colombianas hacen el “combo 5 por 100” en los salones privados de ciertos locales, es decir que por cien mil pesos, tienen sexo con cinco hombres al mismo tiempo.³⁰ Nicole, la dirigente transexual ya citada, también se expresa sobre las condiciones de la sexualidad negra, asociando las costumbres sexuales colombianas a una naturaleza diferente, más desarrollada o mejor habilitada para expandir los límites de la experiencia sexual, articulando así las prácticas sexuales con las condiciones raciales (biológicas) y nacionales (culturales):

[Las llamadas “negras colombianas”] son mucho más liberales, más liberales en el sentido de que por ejemplo van a todas, y a lo mejor por el mismo valor o quizás cobraran un poco menos, no lo sé . . . Aparte de que a mí, no las quiero desmerecer como mujer [pero] me da la impresión que en un cierto sentido son como más aguantadoras, ¿a qué me refiero con eso? La naturaleza. Por ejemplo llegan los negros, y los negros tienen los medios físicos, y le preguntai si van al gimnasio y no, es su naturaleza, me entendí . . . son todos iguales, sin hacer ejercicios. [. . .] Una persona latina natural, morena natural, trigueña o rubia, tiene sus límites para aguantar [y] de repente llega una negra y se come así unos medios negros y ni siquiera dice ¡ay!, ¿me entendí? Entonces yo me puse a pensar, ponte tú, si tení un marido [con un pene] desarrollado, podis tener relaciones y vas a aguantarlo, pero si viniera otro, a lo mejor igual, pero vay empezando “¡ay . . . ! ¡ay . . . !”, más adolorida. En cambio ellas como que son más profundas, más anchas, más flexibles, no sé . . . a lo mejor las negras pasaron a ser la fantasía que todo hombre también tiene, porque ya los hombres se aburrieron de las rubias [. . .] a nosotros también como mujeres nos pasa . . . uno tiene ese mito de “¡ay! un negro, debe ser así de grande”. Los negros son tan comunes y corrientes, hay unos más desarrollados que otros, pero son tan normales y otros ni tienen [pene], pero también es como para uno, una fantasía “¡ay un negro!” . . . Hoy en día nosotros [los transgéneros] pasamos a ser una alternativa así como . . . las negras pasaron a ser una fantasía sexual, porque antes eran las rubias . . . Hoy en día el hombre quiere otras cosas, te metes a un computador y ves tantas cosas, entonces el hombre fantasea también, la mujer en su casa no se lo va a dar, pero sí a lo mejor la negra se lo va a dar.

Es notable en este discurso como se articula una naturalización de la liberalidad sexual en un imaginario de la corporalidad negra como algo extraordinario aunque biológicamente dado, lo que constituye un detonador de las fantasías sexuales masculinas femeninas. En este sentido, se puede percibir cierta identificación de

30. Entrevista realizada en Calama, 14 de abril 2011.

la entrevistada transgénero con la singularidad de la mujer negra en el mercado sexual minero, singular por su devenir minoritario, que sitúa la experiencia de la migrante y prostituta negra en la misma intersección en la que los dispositivos prostitucionales ubican al transexual, en el cruce del deseo y la abyección (Pelúcio 2009). Sin embargo, estos discursos de la corporalidad se sostienen sobre los elementos incorpóreos que hacen posible la relación sexual como “distinción entre los cuerpos”: el espacio, el tiempo, el vacío y el *lektion* (lo enunciado) (Nancy 2001). Diferentes representaciones destacan diferentes dimensiones (por ejemplo, el espacio del “privado” en el local o de la casa particular del minero; el tiempo de la fantasía rubia o negra; el vacío de cariño o expresión afectiva), como elementos de producción de la corporalidad erógena. Las mismas colombianas destacan el aspecto más incorpóreo del erotismo, el léxico y la forma del habla, como elemento clave en el discurso de los clientes para entender la relación sexual como articulación entre modulación afectiva y virtuosismo sexual. En palabras de la colombiana Clarissa, “nos pasa que los tratamos con mucho cariño, porque lo que pasa es que aquí putean mucho la gente. Nosotros les decimos ‘hola mi amor ¿cómo amaneció?’, ‘Hola papi’. Aquí no hay eso, pero en mi pueblo se hace así”. De esta manera, las mismas expresiones de afecto, disposición y entrega generan opiniones encontradas entre los sujetos, dependiendo de su posición en el mercado del sexo. Los rasgos que para las compañeras de trabajo chilenas se traducen en prácticas de competencia desleal, nefastas para el negocio, constituye para los clientes mineros el mayor atractivo de estas mujeres afrocolombianas, cuyas formas “cariñosas” y “calientes” las distinguen en los mercados del sexo (comercial y matrimonial) de diferentes países, por ejemplo Ecuador (Ruiz 2009, 7), España (Bonelli Jáudenes y Ulloa Jiménez 2000, 100–101; Agustín 2002, 555), Italia (Hurtado Saa 2008, 352) o en la misma Colombia (Viveros Vigoya 2002). Una trabajadora peruana entrevistada también valoró el trato y afecto de sus compañeras colombianas, y especialmente de su jefa, también colombiana:

Las colombianas son más gente que las chilenas, muchísimo más gente que las chilenas, saben comportarse, tiene buen trato, saben cómo decir, por ejemplo si Francia [la administradora colombiana del local] tiene que llamarme la atención, sabe cómo llamarme la atención, en cambio otra me hubiera gritado, pero Francia no . . . “Pero te he dicho . . . , corazoncito lindo”, así es super rico trabajar con alguien que te trate tan bien, la verdad que con las colombianas, yo me siento muy cómoda trabajando con ellas.³¹

La heterogeneidad va produciendo nuevos territorios, públicos y privados, donde la diferencia se protege en comunidad, lo que a su vez fomenta los temores individuales y la demanda de inmunización por parte de aquellos que se ven amenazados ante el devenir de minorías cuya autoprotección implica el fortalecimiento de los vínculos comunitarios. Nicole advierte al respecto:

Hay una calle que es calle Condell, de puro negro, y los locales son dueños los negros, y trabajan con puras negras y con negros en las puertas, porque no sé si tú has visto las noticias, pero una vez a un gallo casi lo mataron entre no sé cuantos, porque le faltó el respeto a una negra y era antofagastino . . . Se cuidan entre ellos. Pero en cierto sentido hay que tener un

31. Entrevista realizada en el Boga Schop, Calama, en el 2007.

cierto cuidado, cuando tú estás en una calle que podría pasar a ser un barrio chino o un barrio rojo, por decirlo así, ya todo el mundo, tú le preguntas a cualquier antofagastino y de las once de la noche o las diez de la noche no quieren pasar en el trayecto entre Uribe y Baquedano por calle Condell, porque tienen miedo.

Como vimos más arriba, este temor es fomentado por los medios de comunicación y las autoridades regionales, las que desde hace algún tiempo generan mensajes orientados a inquietar a la población con estos nuevos ocupantes del espacio público y los locales privados. En un programa de la televisión nacional sobre el “fenómeno migratorio” en la región, transmitido en diciembre del 2009, el gobernador de la Provincia de Antofagasta señalaba “hemos perdido el control del centro [de la ciudad] en la noche”, mientras que el mismo programa destacaba una campaña de “aumento de fiscalización en los locales nocturnos” como respuesta a una mayor “sensación de temor de la comunidad”. Estas fiscalizaciones muestran el mecanismo de los dispositivos de control intersectados en torno a la subalterna (contratos de trabajo, salud, nación, estado civil), una interseccionalidad que busca capturar la afectividad expresada en torno a categorías de articulación de la heterogeneidad (prostituta, negra, colombiana, mujer, migrante). Los dispositivos intersectados pueden producir una representación que significará la subordinación de la negra colombiana al Estado y al orden de clases, razas y género, pero no pueden reducir la heterogeneidad de los afectos que atraviesan las relaciones con ella. Al mismo tiempo, también aumenta el miedo en las migrantes extranjeras, miedo a la violencia xenófoba, miedo a la discriminación de los hijos, miedo a la persecución y el maltrato verbal por parte de sectores de la población cuya xenofobia es fomentada por autoridades políticas filo-fascistas. Los enfrentamientos entre chilenos y colombianos en Antofagasta con ocasión de un partido de las eliminatorias de fútbol en 2013 revelan la violencia latente entre masculinidades nacionalistas cuyo conflicto está permeado por la adscripción de mujeres a las comunidades nacionales. Ante esta escalada de temores entre grupos nacionales generizados, se pueden valorar ciertas voces de opinión pública que enfrentan el discurso de “los patriotas de schopería”, acusando que estos son incapaces de ver el despojo de recursos naturales por parte de transnacionales que se llevan la renta minera y dejan solo contaminación sin ni siquiera pagar impuestos en la región: “La única aproximación a una raza inferior en Antofagasta es la masa estúpida y egoísta en que nos ha transformado la corrupción minera y el espejismo neoliberal”.³²

En esta situación, varias son las expectativas puestas en los resultados de la mezcla racial (biológica) entre chilenos y afrodescendientes, en un contexto en el que un tercio de los recién nacidos en la región tiene algún padre extranjero. El nacimiento de hijos de parejas mixtas llevó a los periodistas a inquirir sobre los “cambios genéticos y enfermedades” que pudiera producir “la influencia afro en el loíno del futuro”.³³ El genetista entrevistado en ese reportaje se vio obligado a aclarar que “no hay un gen de la raza negra”, mencionando sin embargo la po-

32. Gonzalo Órdenes, “Demoledora respuesta a los ‘patriotas de schopería’ de Antofagasta”, *El Diario de Antofagasta*, 25 de agosto 2014.

33. “La influencia afro en el loíno del futuro”, *El Mercurio de Calama*, 1 de agosto 2010.

sibilidad hereditaria de la anemia falciforme (AF). Como ha mostrado Peter Fry, en países de importante población negra como Estados Unidos o Brasil, la AF ha tenido el doble efecto de fomentar una comunidad negra organizada en torno a su propia protección y cuidado, y de fortalecer las taxonomías raciales. Mientras que en Brasil, donde las delimitaciones raciales son imprecisas, la AF constituye un marcador de diferencia que naturaliza la “raza negra”; en Estados Unidos, donde las distinciones raciales son dadas por el origen biológico, la enfermedad se constituye en un “fuerte productor de la comunidad negra ciudadana” (Fry 2005, 365). Lo que no menciona el genetista entrevistado, es que para la aparición de la AF es necesario que exista afrodescendencia en las dos líneas de filiación, de manera que reconocer la posibilidad de la AF implica reconocer que la población chilena tiene algún grado afrodescendencia. Esto afecta de manera decisiva el proceso ideológico de “blanqueamiento” postcolonial de la “comunidad imaginada”, concebida antes como “raza chilena” (Palacios 1904/1986) y luego como comunidad de “mestizos blanquecinos” (Vidal 1988). Este “blanqueamiento” de una masculinidad minera hegemónica al tiempo que parece reforzarse por el contraste exotista con la migración femenina afrodescendiente, y la producción de un binarismo racializado en el mercado del sexo (blancos-negras), se verá tensionado por la fusión biológica que implica el nacimiento de hijos surgidos de este binarismo. Así, la preocupación por los apareamientos interraciales que surgen de schoperías y salas de cerveza van a implicar también cuestionamientos y oportunidades para la constitución de comunidades de filiación donde se van disolviendo las comunidades de origen, tensionando las distinciones fenotípicas y genéticas, y llevando a que la alianza y la filiación contrarresten el temor a la comunidad negra que se apropia del espacio público. Se trata de alguna manera de una estrategia popular de incorporación de la alteridad, y que contribuye a la disolución del comunitarismo racial en un mestizaje que se concibe ideológicamente como “blanqueamiento”. Para las mujeres afrocolombianas, las alianzas matrimoniales suelen significar una forma de inmunización (derechos de residencia en Chile, aumento de su nivel de vida, y a corto o mediano plazo cambio de oficio o ascenso al interior de la industria del sexo), pero también contribuyen a reforzar los vínculos comunitarios y las obligaciones que conllevan (recursos económicos para ahorrar y enviar remesas a Colombia, hacer venir a los familiares, criar nuevas generaciones de mulatos). Para los mineros, se trata de la promesa de una nueva forma de pareja, de afecto y fantasía de la diferencia nacional, racial y sexual. Aquí, como lo expresa una afrocolombiana casada en Italia, estas mujeres “tienen el respaldo de los hombres”, especialmente los más jóvenes (Hurtado Saa 2008, 351 y 366). Es al menos lo que me hace pensar Sonia, una colombiana de El Ovalino, que me mostraba en su teléfono BlackBerry las fotos de los hijos chilenos de una amiga de ella, hijos mulatos de una “negra colombiana” y un minero chileno que esta “copetinera” destacaba como “bonitos, claritos”, mientras en la mesa contigua dos jóvenes “negras colombianas” se refregaban contra los cuerpos de dos mineros igual de jóvenes, sentadas sobre sus piernas, bebiendo cerveza ante el éxtasis admirado de estos clientes alegres.

REFERENCIAS

- Agacino, Rafael, Cristian González y Jorge Rojas
1998 *Capital transnacional y trabajo. El desarrollo minero en Chile*. Santiago de Chile: LOM Ediciones y Programa de Estudios del Trabajo.
- Agustín, Laura
2002 "Mujeres migrantes ocupadas en servicios sexuales". En *Mujer, inmigración y trabajo*, editado por Colectivo Ioé, 533–582. Madrid: IMSERSO.
- Barrientos, Jaime, Paulina Salinas, Pablo Rojas y Patricio Meza
2009 "Minería, género y cultura: Una aproximación etnográfica a espacios de esparcimiento y diversión masculina en el norte de Chile". *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana* 4 (3): 385–408.
- Beasley-Murra, Jon
2010 *Poshegemonía: Teoría política y América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Bennett, David
2010 "Libidinal Economy, Prostitution and Consumer Culture". *Textual Practice* 24 (1): 93–121.
- Bonelli Jáudenes, Elena, y Marcela Ulloa Jiménez, coords.
2000 *Tráfico e inmigración de mujeres en España: Colombianas y ecuatorianas en los servicios domésticos y sexuales*. Madrid: Asociación para la Cooperación en el Sur–Las Segovias.
- Butler, Judith
2004 "The Force of Fantasy: Mapplethorpe, Feminism, and Discursive Excess". En *The Judith Butler Reader*, editado por Sarah Salih, 183–203. Oxford, Inglaterra: Wiley-Blackwell.
2005 *Trouble dans le genre: Le féminisme et la subversion de l'identité*. París: La Découverte.
- Clair, Jean
2007 *De immundo: Apofatismo y apocatástasis en el arte de hoy*. Madrid: Arena Libros.
- Comisión Chilena del Cobre (COCHILCO)
2008 *Dependencia minera e indicadores de calidad de vida: Análisis a nivel regional y comunal en Chile*. Dirección de Estudios 19/2008. Santiago de Chile: COCHILCO.
- de Laire, Fernando
1998 *La trama invisible o los claroscuros de la flexibilidad*. Cuaderno de Investigación No. 8. Santiago de Chile: Departamento de Estudios de la Dirección del Trabajo.
- Douglas, Mary
(1967) 2001 *De la souillure: Essai sur les notions de pollution et de tabou*. París: La Découverte.
- Finn, Janet L.
1998 *Tracing the Veins: Of Copper, Culture and Community from Butte to Chuquicamata*. Los Ángeles: University of California Press.
- Fry, Peter H.
2005 "O significado da anemia falciforme no contexto da 'política racial' do governo brasileiro 1995–2004". *História, Ciências, Saúde—Manguinhos* 12 (2): 347–370.
- Hurtado Saa, Teodora
2008 "Movilidades, identidades y sexualidades en mujeres afrocolombianas migrantes en Europa: El caso de las 'italianas'". En *Raza, etnicidad y sexualidades: Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina*, editado por Peter Wade, Fernando Urrea Giraldo y Mara Viveros Vigoya, 343–374. Bogotá: Universidad del Valle, Universidad del Estado de Río de Janeiro, Universidad Nacional de Colombia.
- Hutchison, Elizabeth Q.
2006 *Labores propias de su sexo: Género, políticas y trabajo en Chile urbano, 1900–1930*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Instituto Nacional de Estadísticas
2002 *Censo de la República de Chile*. Santiago de Chile: INE.
- Irigaray, Luce
1975 "Noli me tangere ou de la valeur des marchandises". En *Sexualité et politique: Documents du Congrès International de Psychanalyse, Milan, 25–28 novembre 1975*, editado por Armando Verdiglione, 217–237. Milán, Italia: Giangiacomo Feltrinelli.

- Kempadoo, Kamala
 1996 "Prostitution, Marginality and Empowerment: Caribbean Women in the Sex Trade". *Beyond Law* 5 (14): 69–84.
 2004 *Sexing the Caribbean: Gender, Race, and Sexual Labor*. Nueva York: Routledge.
- Klubock, Thomas
 1998 *Contested Communities: Class, Gender, and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904–1951*. Durham, NC: Duke University Press.
- Leiva Gómez, Sandra
 2009 "La subcontratación en la minería en Chile: Elementos teóricos para el análisis". *Polis* 8 (24): 111–131.
- Manning, Alice
 1975 "Calama: Patterns of Interaction in a Chilean City". Tesis doctoral, Columbia University, Nueva York.
- Mayer, Lisette
 2004 "Deseos trenzados: Representaciones de género en mujeres trabajadoras sexuales de la ciudad de Santiago". Tesis para optar al título profesional de antropóloga social, Universidad de Chile.
- Montecino, Sonia, Cristián Matus y Carla Donoso
 1999 *Estudio "Prostitución Juvenil Urbana"*. Santiago de Chile: Instituto Nacional de la Juventud y Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG).
- Nancy, Jean-Luc
 2001 *El "hay" de la relación sexual*. Buenos Aires: Síntesis.
- Navarro Valencia, Martha Cecilia
 2009 "Uniones, maternidad y salud sexual y reproductiva de las afrocolombianas de Buenaventura: Una perspectiva antropológica". *Revista Colombiana de Antropología* 45 (1): 39–68.
- Organización Internacional de Migraciones y Comisión Nacional del SIDA
 2005 *Estudio de caracterización de los factores de riesgo y vulnerabilidad de la población migrante frente al VIH/SIDA*. Santiago de Chile: CONASIDA.
- Palacios, Nicolás
 (1904) 1986 *Raza chilena: Libro escrito por un chileno para los chilenos*. Santiago de Chile: Antiyal.
- Pavez, Jorge
 2011 "Comunidad e inmunidad sexual: A propósito del intercambio económico-sexual en una historia social de Chile (siglo XIX–XX)". En *Capitalismo y pornología: La producción de los cuerpos sexuados*, editado por Jorge Pavez y Lilith Kraushaar, 105–154. San Pedro de Atacama, Chile: Qillqa.
- Pavez, Jorge, y Gerardo Hernández
 2014 "Regímenes de trabajo, relaciones laborales y masculinidades en la gran minería del cobre (norte de Chile)". En *Trabajos y familias en el neoliberalismo: Hombres y mujeres en las faenas de la uva, el salmón y el cobre*, organizado por Ximena Valdés, Loreto Rebollo, Jorge Pavez y Gerardo Hernández, 167–264. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pelúcio, Larissa
 2009 *Abjeção e desejo: Uma etnografia travesti sobre o modelo preventivo de AIDS*. São Paulo: Annablume y Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado de São Paulo (FAPESP).
 2011 "Deseos, brasilidades y secretos. El negocio del sexo en la relación entre clientes españoles y travestis brasileñas". En *Capitalismo y pornología: La producción de los cuerpos sexuados*, editado por Jorge Pavez y Lilith Kraushaar, 437–461. San Pedro de Atacama, Chile: Qillqa.
- Piscitelli, Adriana
 2008 "Interseccionalidades, categorías de articulação e experiências de migrantes brasileiras". *Sociedad e Cultura* 11 (2): 263–274.
- Rojas Varas, Pablo
 2011 "Con la mina en la sangre: Diferentes formas de imaginación/comercialización de los cuerpos en la región Moral de Calama". En *Capitalismo y pornología: La producción de los cuerpos sexuados*, editado por Jorge Pavez y Lilith Kraushaar, 404–436. San Pedro de Atacama, Chile: Qillqa.

- Ruiz, Martha Cecilia
 2009 "Migrantes transfronterizas en el comercio sexual: Integración, control migratorio y nuevas formas de desigualdad". Presentación en el Congreso de Latin American Studies Association, 11–14 de junio 2009, Río de Janeiro.
- Salazar, Gabriel
 2002 *Hombría y feminidad: Historia contemporánea de Chile IV*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar Parreñas, Rhacel
 2010 "Hacer el amor por un visado: La ciudadanía sexual de las inmigrantes filipinas en Japón". En *Familias en la migración: Emociones, solidaridades y obligaciones en el espacio transnacional*, coordinado por Monserrat Soronellas Masdeu, 97–125. Barcelona: Icaria Editorial.
- Silva Segovia, Jimena, Siu Lin Lay, Angélica Cid, Carmen González, Carlos Calderón, Jaime Barrientos, Patricio Meza y Leyla Méndez
 2008 *Tacones cercanos: Un estudio con perspectiva de género—Situación de las mujeres en el comercio sexual, Región de Antofagasta*. Antofagasta: Servicio Nacional de la Mujer.
- Sindicato Nacional de Trabajadoras Sexuales Ángela Lina
 2005 "Las muertes ignoradas: Violencias contra trabajadoras sexuales en Chile, del silencio a la denuncia". En *Compilado de tesis y/o ensayos*, 259–285. Santiago de Chile: Sidacción Editores.
- Sindicato Nacional de Trabajadoras Sexuales Ángela Lina y Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas
 2007 *Estudio de caracterización socio-económica de las mujeres mayores de 18 años de edad que ejercen el comercio sexual en la Región Metropolitana de Santiago de Chile*. Santiago de Chile: FASIC.
- Spivak, Gayatri Chakravorty
 2003 "¿Puede hablar el subalterno?" *Revista Colombiana de Antropología* 39: 297–364.
- Tuozzo, Celina
 2011 "Ausencias de mujer en el discurso comunista temprano (Iquique, Chile, 1922–1926)". En *Capitalismo y pornología: La producción de los cuerpos sexuados*, editado por Jorge Pavez y Lilith Kraushaar, 374–314. San Pedro de Atacama, Chile: Qillqa.
- Vergara, Ángela
 2007 "Ciudades privadas: La vida de los trabajadores del cobre". En *Historia de la vida privada en Chile, Tomo 3, El Chile contemporáneo, de 1925 a nuestros días*, editado por Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri, 85–103. Santiago de Chile: Taurus.
- Vidal, Hernán
 1988 *Mitología militar chilena: Surrealismo desde el superego*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literature.
- Viveros Vigoya, Mara
 2002 "Dionysian Blacks: Sexuality, Body, and Racial Order in Colombia". *Latin American Perspectives* 29 (2): 60–77.
 2009 "La sexualización de la raza y la racialización de la sexualidad en el contexto latinoamericano actual". *Revista Latinoamericana de Estudios de Familia* 1:63–81.